

# Prólogo\*

**Juan Pedro Viqueira**  
Centro de Estudios Históricos  
El Colegio de México

Tras el triunfo de François Mitterrand en las elecciones para elegir presidente de la república francesa en 1981, un funcionario cultural de ideas progresistas decidió que era tiempo de crear algún contrapeso al imperialismo científico que reinaba en la antropología y en otras disciplinas afines. Para ello, lanzó un programa de becas para fomentar que jóvenes investigadores del Tercer Mundo (era el término que se usaba en aquellos tiempos) —de preferencia de las ex colonias— acudiesen a la metrópoli con el fin de estudiar a la sociedad francesa. Sin embargo, uno de los becarios africanos sobrepasó los intangibles límites del decoro, escandalizando a los promotores del programa, al proponer como tema de su investigación la brujería en París. Sin embargo, su argumentación era irrefutable: si esta problemática había sido una de las más desarrolladas por los antropólogos europeos en África, ¿por qué —alegó el becario, con espíritu cartesiano— un estudioso africano no podía abordarla en Francia?

Ignoro qué destino tuvo esta investigación; pero, tras leer los textos de Peter Geschiere que integran este volumen, estoy convencido de que a este antropólogo holandés, que se expresa con soltura también en francés, le habría encantado asesorar a ese joven e irrespetuoso estudiante, independientemente de las dos posibles interpretaciones que se le pudieran dar a tan vasto campo de

---

\* Publicado originalmente como "Prólogo" al libro de Peter Geschiere, *Política de la pertenencia: brujería, autoctonía e intimidación*, México, Fondo de Cultura Económica (Umbrales), 2012, pp. 9-16.

estudio que pretendía abordar. En efecto, la brujería en París podía hacer referencia a los abundantes nigromantes y curanderos de todo tipo de males —en particular de los de amor—, al estilo antiguo o al estilo "New Age" —más distinguido—, y a su abundante clientela. O bien, podía abarcar otro fenómeno sobre el que Geschiere ha profundizado en su obra: la creencia generalizada en muchos países del África negra de que los hechizos de los brujos han logrado traspasar no sólo los límites de sus aldeas y alcanzar, no digamos las grandes ciudades de sus propios países, sino incluso otros continentes. Así, Geschiere —citando las investigaciones de Galia Sabar—, menciona la convicción de un ghanés, residente en Israel, de que los rabinos —es decir los brujos locales— habían descuidado su trabajo debido a los conflictos internacionales que les afectan y habían dejado entrar a su territorio a hechiceras africanas. De igual forma, hay que suponer que los brujos franceses —que no pueden ser otros sino sus pensadores ilustrados— también han sido derrotados y han dejado desprotegido su territorio, incluso su capital, ante las malas artes de los hechiceros del mundo entero.

Muchos científicos sociales ya habían tomado nota de ese fracaso de los librepensadores: desde el siglo XVIII éstos habían asegurado que la difusión de las Luces, del pensamiento crítico y científico, terminaría por desarraigar las supersticiones del mundo entero, entre las que, al decir de los más audaces, había que incluir a todas las religiones, por lo menos en sus aspectos más institucionales y públicos —la fe tendría que replegarse en el mejor de los casos a la intimidad personal—. El acelerado crecimiento de los fundamentalismos religiosos en las últimas décadas en el mundo entero da clara cuenta del fracaso de esa ilusión. El anunciado por Max Weber (entre muchos otros) "desencantamiento" del mundo dista mucho de haberse producido.

En África, ese ingenuo optimismo se expresaba a través de la idea de que "donde hay luz eléctrica desaparece la brujería". Las investigaciones que ha llevado a cabo Peter Geschiere en varios países del África negra, especialmente en Camerún, ponen en evidencia la falsedad de esa creencia, al mostrar cómo hoy en día la brujería está omnipresente no sólo en las ciudades, sino incluso en las altas esferas políticas que rigen el destino de esos países. Con gran tino, Geschiere no atribuye este fenómeno

a un resabio del pasado difícil de desarraigar, sino que insiste en la "modernidad" de las nuevas formas de brujería que han dejado de estar constreñidas al territorio de las aldeas y que, cómo ya hemos mencionado, alcanzan ahora el mundo entero, aunque su origen sigue radicando en el ámbito doméstico.

Al final, el gran precursor de las investigaciones sobre la brujería en África, el antropólogo inglés Evans-Pritchard habrá terminado por tener incluso más razón de la que él mismo hubiera supuesto: la ineficacia de la brujería es indemostrable. Por el contrario todo acontecimiento imprevisto (contratiempo, fracaso, accidente, enfermedad) —y la vida está hecha de este tipo de acontecimientos— es una prueba indudable de que alguien cercano nos ha echado el mal de ojo o nos ha lanzado alguna maldición —y siempre habrá algún familiar, vecino o conocido que tenga motivos de envidia, rivalidad o enemistad contra nosotros—.<sup>1</sup> La magia, a diferencia de la ciencia —diría Karl Popper— es "infalsable",<sup>2</sup> es decir en términos más castizos es irrefutable: todo hecho observable y también su contrario dan fe de su existencia.

Los acelerados cambios que ha conocido África en el último medio siglo no han hecho más que extender la brujería a todos los ámbitos de la vida social y a todo el planeta. Si hasta hace unas décadas, los jóvenes escolarizados, emprendedores y exitosos lograban guarecerse de la maléfica envidia de sus próximos emigrando a las ciudades y cuidándose de no regresar por demasiados días a la aldea, ahora en ningún lugar del ancho mundo están al abrigo de sus hechizos. Lo que no ha cambiado —nos explica Geschiere— es que, al igual que en la brujería tradicional, el ámbito en el que se genera este peligro sigue siendo el estrecho círculo de la parentela: si no ayudamos a los nuestros a salir adelante, si nuestros éxitos no sirven para abrirle el camino a los suyos, si no ponemos nuestras nuevas relaciones a su servicio, si no les enviamos las tan esperadas remesas desde las lejanas tierras en las que nos encontramos, no lograremos escapar de sus maleficios.

---

<sup>1</sup> E. E. Evans-Pritchard, *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, Barcelona, Anagrama, 1997.

<sup>2</sup> Karl Raimund Popper, *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1973.

Tal vez este sea uno de los pocos aspectos en los que los textos de Peter Geschiere aquí seleccionados no logran sugerirnos una clara respuesta a una pregunta que se plantea de forma inevitable: ¿si la brujería tiene su fuente en el ámbito más íntimo y causa tantos estragos en el África negra, cómo es que la familia no se ha reducido a su forma más elemental y efímera —padre, madre e hijos—, como ha sucedido en algunos medios de ciertos países "occidentales"?; ¿Cómo es que muchos exitosos políticos o empresarios insisten en jugarse la vida regresando a su aldea?; ¿Cómo es que los migrantes mantienen, pase lo que pase, los ahora peligrosos lazos con los que se quedaron en su tierra, aprovechando los nuevos medios de comunicación, cuando la crisis mundial les ha privado de la protección que les daba enviar periódicamente remesas a sus familiares? Los aspectos tan dañinos y odiosos de las amplias relaciones de parentesco que siguen dominando en aquel continente tienen que ser —me parece— sólo un lado de la moneda. Los textos compilados en este volumen tan sólo nos dejan entrever —como en un rollo fotográfico en negativo— la importancia de dichos lazos de parentesco en el ámbito de la solidaridad, de la ayuda mutua, del reconocimiento social y del afecto. El lector sólo alcanza a adivinar que en esos países de África sin la familia, las personas no son nada, ni para los demás, ni para ellos mismos.

Pero sea como sea, lo que es seguro es que la brillante antropología que practica Geschiere ha seguido el mismo camino que la brujería y ha expandido de la misma forma su territorio. Ha dejado de estar constreñida a las monografías aldeanas para lanzar sus redes al ancho mundo de la globalización, en el que los mismos discursos circulan en todas las direcciones y se reinterpretan y se aprovechan en circunstancias muy diversas. Así, la otra gran problemática a la que Geschiere ha dedicado sus esfuerzos es la renovada obsesión mundial por las identidades infranacionales —locales y regionales—, en particular las que se construyen en torno a la noción de autoctonía.

Estos discursos que pretenden defender la cultura y las tradiciones amenazadas por la globalización resultan ser —como bien lo señala el antropólogo holandés— unos poderosos instrumentos de exclusión, que buscan de un modo u otro restringir los derechos reconocidos por las

leyes a ciertos ciudadanos vistos como agentes infiltrados que trabajan para oscuras fuerzas externas. "La autoctonía —nos dice el autor— puede convertirse en un peligroso rival para la ciudadanía nacional, socavando drásticamente ideales previos de unidad nacional y de igualdad de todos los ciudadanos de la nación".

Esa generalizada obsesión por la autoctonía, por la autenticidad identitaria, puede servir tanto para exigir la expulsión de los inmigrados y sus descendientes en las grandes ciudades de los países ricos, como para descalificar a los rivales políticos en las aldeas africanas. Un mismo discurso global, alimentado —con buenas o malas intenciones— desde sectores sociales muy distintos, desde extremos opuestos del espectro político y, principalmente, desde todos los rincones del planeta, sirve para marcar diferencias supuestamente irreductibles e irreconciliables y para atizar el odio social al son de un mismo himno guerrero: la identidad autóctona.

No es la primera vez que un fenómeno similar se produce en el mundo, aunque nunca había abarcado un espacio tan vasto. La construcción de las identidades nacionales en Europa desde fines del siglo XVIII se nutrió primero del discurso que fueron elaborando eruditos de todo el continente, que mantenían estrechos contactos entre sí y que se inspiraban abiertamente de los hallazgos de sus correspondientes. Así todos se dieron a la búsqueda —o la invención— de cantos populares ancestrales —medievales o incluso prerromanos—; al descubrimiento de gloriosos héroes olvidados de tiempos igualmente remotos; a la reconstrucción de fantasiosas genealogías nacionales y a la más concreta creación de lenguas nacionales estandarizadas.<sup>3</sup>

El resultado de ello fue que todas nacionalidades europeas buscaron construirse a partir de un modelo único y común —una nación era una lengua, un origen, una historia y una cultura propias— para poder diferenciarse radicalmente de los países vecinos. Lo que empezó como un generoso y novedoso impulso común europeo por rescatar las tradiciones populares terminó en dos guerras

---

<sup>3</sup> Véase al respecto el bello libro de Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, París, Seuil, 1999. Sobre las genealogías nacionales míticas, léase Jon Juaristi, *El bosque originario*, Madrid, Taurus, 2000.

mundiales de una crueldad y una destrucción hasta entonces inimaginables. Efectos similares han tenido en África la construcción de identidades étnicas al interior de las fronteras nacionales, construcción en la que algunos antropólogos europeos han desempeñado un papel nada despreciable.

No es obviamente a este tipo de antropología a la que Peter Geschiere quiere contribuir. Por el contrario, busca poner en evidencia cómo las actuales formas de discriminación y exclusión se alimentan de las mismas fuentes intelectuales, que —como lo señala en el segundo texto del volumen— pueden remontarse incluso hasta los pensadores atenienses del siglo V antes de nuestra era. Para el pensador holandés, el trabajo del antropólogo debe consistir en historizar aquellos conceptos que, como el de "autoctonía", se presentan como "naturales" y "universales", y en mostrar a través de qué mediaciones lo global —nacido, no lo olvidemos, en sectores muy precisos de ciertas regiones del mundo— cobra forma local en todos los rincones del planeta.

Lo más meritorio de este reto intelectual es que Geschiere se lo plantea sin traicionar la riqueza de la tradición antropológica ni desechar la fuerza de su método principal de estudio: la observación participante. Nuestro antropólogo holandés no se deja seducir ni por la frivolidad posmoderna ni por las abstrusas teorías de la globalización. Lo único que cambia en la manera de llevar a cabo la observación etnográfica —y eso no es poca cosa— radica en que ésta no se ciñe a lo que sucede en los territorios aldeanos, sino que reconstruye, más allá de la comunidad, las historias de vida de aquellas personas que articulan lo local con ámbitos más amplios de análisis, es decir las de todo tipo de mediadores económicos, políticos, religiosos y culturales, y —claro está— las de aquellos que han emigrado a otras tierras sin cortar los vínculos con su lugar de origen. El propósito es, pues, el de estudiar, tomando como punto de partida un espacio geográfico acotado, las redes sociales desterritorializadas que vertebran el mundo actual. Para ello, es indispensable también —como lo hace Geschiere— recurrir al método comparativo y tomar en cuenta no sólo la información que genera el propio antropólogo, sino también la de sus colegas que trabajan en otros lugares sobre fenómenos similares.

Se trata, así, de un ambicioso programa de investigación que busca retomar lo mejor de la tradición antropológica, centrándola de nuevo en problemas relevantes para su tiempo, ampliando sus horizontes intelectuales y renovando sus formas de trabajo. Esperemos que los jóvenes antropólogos mexicanos que buscan abrirse camino entre la peligrosa exaltación de las identidades locales, la irrelevancia de las monografías pueblerinas, el ombliguismo posmoderno y la vacuidad de los debates teóricos encuentren en estos tres textos de Peter Geschiere un aliciente para que la antropología mexicana vuelva a encontrar el destacado lugar que se merece en las ciencias sociales y sobre todo en el debate público.